

## 5. Por tierra y por mar

Ese mismo día, en San Sebastián, los militares, que la víspera se habían levantado en armas desde el cuartel de Loyola, tomaron varios edificios emblemáticos. La rápida intervención de los guardias de asalto y de la Guardia Civil, fieles a la República, y apoyados por los milicianos que llegaron de varios pueblos, sobre todo de Eibar y Pasajes, evitó que los rebeldes ocuparan la capital. Se establecieron barricadas en las calles principales: Prim, Urbieta y accesos a Eguía para disuadir a los militares del cuartel de Loyola de marchar hacia el centro de la ciudad donde grupos falangistas y destacamentos armados defendían ya varios edificios: el Casino –que más tarde sería Ayuntamiento–, la Equitativa, el Hotel María Cristina, el Náutico...

A media tarde llegaron las órdenes para los ya héroes de Pasajes: atacar desde el mar los centros ocupados en San Sebastián con el torpedero secuestrado, acompañado del Lalín.

Krispín sintió temor por su amigo Antxon que se batía en la ciudad y mala conciencia por Amalia, de la que ni siquiera se había despedido con amor, tan solo un hasta luego y un abrazo fraternal. Le inquietaba su estado.

Los asaltantes del torpedero estaban mezclados con la marinería del barco de guerra, compartiendo ambos buques. Kepa, capitán del pesquero y líder de la recién estrenada flota, discutía cómo cumplir las

órdenes de defender la capital. No podían prescindir de los marineros apresados ni tampoco depender de ellos. Al comandante enemigo ni agua, por si acaso. Estaba claro que para atacar por mar tenían que llevar el torpedero, que era el único capaz de disparar, pero con el pesquero al lado se sentían más seguros. Parte de la marinería de guerra se incorporó al Lalín y viceversa. El oficial maniatado continuaba encerrado en el vivero vacío del barco, pese a sus protestas y alardes anarquistas poco convincentes.

Enfilaron la bocana del puerto de Pasajes, el barco de madera abriendo paso al torpedero, como si lo remolcara. Ésa era toda la flota de guerra. El líder y patrón había tomado los mandos del buque de guerra en el que se instruía, nervioso, Krispín, mientras que Locuras, orgulloso, hacía lo propio con el pesquero. La noticia había corrido ya por el pueblo y la gente vitoreaba a sus héroes desde ambas orillas, Pasajes de San Juan y Pasajes de San Pedro, superando las rivalidades vecinales, pero dejando lugar para otras posteriores más sangrientas.

Mientras tanto, Antxon andaba a paso ligero y entusiasmado hacia la Casa del Pueblo de Trintxerpe para unirse a sus camaradas de la UGT. A la altura de los pabellones de las pesquerías Ciriza y Andonegui, oyó una salva de disparos atronadora; se asomó al callejón humeante en el momento que salían, escopetas en mano, tres o cuatro individuos.

—Dos fascistas meapilas menos —dijo el cabecilla al pasar junto a Antxon. En el suelo, a menos de diez metros, yacían descoyuntados los cadáveres ensangrentados de dos personas.

—Jaungoikoa!<sup>12</sup>—Apoyó los brazos estirados en la pared encalada y vomitó.

---

12 ¡Dios mío!

Cuando llegó al lugar de la convocatoria bélica, vio partir una camioneta con un grupo de milicianos de pie, agarrados a la cabina, pocos iban armados. Uno ondeaba una bandera de la CNT, roja y negra y otro levantaba el puño cerrado, saludando a los vecinos expectantes desde los balcones, asombrados por semejante despliegue. Algunas ventanas permanecieron con las persianas bajadas. Un grupo de voluntarios se agolpaba en la puerta del sindicato, alrededor del organizador del inesperado ejército.

Vino otra furgoneta pequeña, la reconoció, era de PYSBE y quizás requisada. Olía fuerte a bacalao, la parte trasera estaba cortada y tenía instalada una plataforma abierta de madera para la carga, blanquecina por la sal. Ahí no cabía el resto de la tropa.

—Los que tengan algún arma o sepan disparar que levanten la mano —ordenó el jefe local del sindicato y media docena de escopetas de caza se elevaron por encima de las boinas.

—Bien. Pues a la camioneta —gritó.

—El resto iréis a pie en fila de a dos a las órdenes de Arturo —señaló a un tipo con bigote negro, alto y delgado, con un mono azul oscuro y cinturón. Lucía una gorra de plato.

Arturo, al oír su nombre creció unos centímetros, se cuadró y avanzó un paso. Sus ojos chispeaban de emoción.

—Camaradas, marcharemos en fila de a dos por Ategorrieta hasta la Casa de Arbitrios, allí nos facilitarán armas y esperaremos órdenes. ¡Adelante! —ordenó muy marcial y decidido.

Era finales de julio de 1936 y media España se despertaba acongojada, esta vez iba en serio. Desde que en febrero de ese año el Frente Popular (coalición de izquierdas) ganara las elecciones, los rumores de un

levantamiento militar eran constantes, se sucedían los atentados y asesinatos a uno y otro bando. La derecha trataba de persuadir al gobierno para que implantara la ley marcial y sacara a la Guardia Civil a la calle para evitar desórdenes. Todo se precipitaba, se abalanzaba sobre una población enardecida y sin orientación. La Falange fue declarada ilegal y su fundador, José Antonio Primo de Rivera, encarcelado y, meses más tarde, fusilado junto a otros falangistas. Los conservadores gemían y varios generales conspiraban para promover una rebelión. Mientras, la acción de pistoleros de ambos lados enervaban los cuarteles y hundían gobiernos efímeros. Muertes anónimas y otras muy relevantes, como la de Calvo Sotelo, sirvieron de acicate a los rebeldes.

La República aceleraba su modelo autonómico para ganarse la lealtad de los partidos independentistas, recuperando para Cataluña su estatuto, aprobando el de Euskadi y promoviéndolos en Galicia, Aragón y Castilla. Era una vorágine desordenada en la que algunos altos oficiales descontentos conspiraban en la certeza de que eran la salvación de una España en decadencia. El Gobierno trasladó a algunos de ellos lejos de sus esferas de poder en un intento inútil de anularlos, pues seguirían sembrando las bases del complot. Un secreto a voces, un golpe militar que hasta tuvo su intento fallido, y que nadie supo, quiso o pudo atajar a tiempo. Una tragedia.

Despejado ya el humo de la primera semana del alzamiento, la situación parecía controlada por la República. Solo Canarias, el Norte de África, Zaragoza, Navarra, Álava, Burgos, Ávila, León, Valladolid, Salamanca, Cádiz, Cáceres, Baleares y Norte de Galicia habían tenido éxito en la sublevación que lideraban los generales Sanjurjo, Mola y Franco; el

resto de España se opuso. El general Sanjurjo, que supuestamente iba a ser el jefe del nuevo mundo, murió en un accidente aéreo cuando volvía de su exilio en Estoril para hacerse cargo de la rebelión, quedando así los generales Mola y Franco como máximos responsables.

Poco antes del golpe militar, el general Mola había sido alejado por el gobierno de la República a Navarra, donde halló un caldo de cultivo ideal para sus propósitos y un refuerzo castrense valiosísimo en los aguerridos requetés. El general Franco estaba destinado en Canarias, desde donde pudo organizar toda la revuelta y contar con su ejército peculiar de soldados moros, tan combativos como aquellos navarros.

Esta fría foto de la España de entonces no puede ocultar que en cada ciudad, y hasta en cada pueblo, hubiera intentos de rebelión, unos convocados, otros por pura simpatía, por contagio. En todos estalló el conflicto. Ganara quien ganara hubo vencidos, abofeteados, humillados o fusilados, expropiados, huidos y violados, familias separadas, hermanos en bandos diferentes... No era la guerra, era la guerra civil, la guerra de las guerras, en la que el dolor del alma es más grave por los rencores, amores rotos y familias enfrentadas. Del odio surgió la figura inédita del civil convertido en soldado, juez y ejecutor de tantos fusilados y asesinados, con la excusa de ser del otro bando, tal vez así se saldaban viejas rencillas o se olvidaban algunas deudas.

En el País Vasco, otro matiz añadía más incertidumbre al abanico de opiniones encontradas. El nacionalismo no terminaba de decantarse entre la opción rebelde de derechas, dado su carácter conservador y católico, y una República que hizo realidad el tan reivindicado Estatuto de Autonomía y

Gobierno Vasco. Tal era la confusión que en Guipúzcoa y Vizcaya se alinearon con los republicanos, mientras que en Navarra y Álava lo hicieron con los nacionales.

Los milicianos de Pasajes llegaron al anochecer a la Casa de Arbitrios, especie de aduana entre municipios, en la que se pagaba por las mercancías que iban de uno a otro lado, allí nadie sabía nada ni les esperaban. Les dejaron dormir en la trasera, sentados, pegados a la pared. Se repartieron unos trozos de pan, cecina y bacalao, que algunas buenas esposas o madres habían metido en los bolsillos de aquéllos de incierto destino. Corrió también una bota de vino agrio.

El ruido de una camioneta les despertó al amanecer, un individuo con casco, el primer signo bélico que vieron, hablaba acaloradamente con el jefe de la expedición, el del bigote fino, Arturo. Finalmente se saludaron puño en alto y se escuchó partir de nuevo al coche camuflado.

—Tú y tú... —ordenó a Antxon y a cuatro más que le siguieran.

—Esto es todo lo que hay, o sea, como si fuera oro, más que oro. A repartir entre todos —dijo señalando cinco fusiles Máuser apoyados contra la pared y una caja de madera con munición.

El bigotes convocó a sus veinte pescadores fieles, que con la boina calada y expresión de pez, le rodearon expectantes. Parecía estar familiarizado con el fusil, lo desmontó totalmente e intentó explicar la función de cada pieza. Inútil repetirlo, lo que importaba era cómo se utilizaba. Él se quedó con uno y los otros pasaron de mano en mano por la tropa. Cada uno hizo el gesto de cargar y disparar.

—¡Apunta pa' arriba coño, que las armas las carga el diablo! —protestaba uno.

—Por cada cuatro tenemos un fusil —reiteró el jefe Arturo.

—¿Y los demás qué hacemos? ¿Nos vamos a casa? Orretarako etorri gaituk?<sup>13</sup> —protestaba alguno desilusionado.

—Si vuelves a decir otra chorrada te abro la cabeza, pero de un culatazo para ahorrar balas. Los demás esperamos a que nos manden más armas y ayudamos a quien las tenga, y si uno cae, pues le releva el siguiente. El que consiga armas del enemigo tendrá ración doble —aclaró el mando.

—Doble, ¿de qué?

—De lo que sea, coño. Venga, marchando.

Bajaron Ategorrieta hasta la Avenida de Navarra, de allí hacia la playa de la Zurriola. Olía a salitre con una pizca de pólvora lejana. Hacía calor y las boinas caladas estaban otra vez mojadas de sudor. La mayoría llevaba pantalones bombachos y chaqueta azul cruzada de pescador. Ver la mar a lo lejos les hizo reconciliarse con sus sueños. Frente a sus ojos y sin que ellos lo supieran todavía, navegaba hacia San Sebastián la flota de guerra: el pesquero seguido de su presa, el torpedero número 3.

A lo lejos se escucharon disparos, era un traquear incesante. La columna reducía su velocidad según se aproximaba al foco de humo y ruido, y llegó hasta el puente del Kursaal, donde unos guardias de asalto les dieron el alto.

—¿Dónde vais? —preguntó un cabo, de manera descarada.

—Nos han dicho que vengamos a parar a esos fascistas cabrones —atajó Ricardo.

---

13 ¿Para eso hemos venido?

El cabo paseó la mirada interrogante por el grupo de pescadores mal armados, se volvió hacia el puente y gritó con suficiencia:

—Sargento, tenemos refuerzos.

El sargento no llevaba casco, tan solo una gorra de plato ladeada.

—Bienvenidos camaradas —dijo más amable. En ese momento sonaron disparos en el otro lado del río.

—Los fascistas se han hecho fuertes en varios edificios, pero los tenemos aislados. Allá, al fondo, está el grupo más duro, han tomado el Casino y el Náutico, y aquí, justo al otro lado del río, en el hotel María Cristina se han parapetado unos cuantos militares que llegaron desde el cuartel de Loyola y les cortamos la retirada. No os aconsejo que atraveséis el Boulevard, puede haber francotiradores. Id a reforzar el ataque al hotel, ahí enfrente, al otro lado —aclaró el suboficial.

La columna se puso en fila de a uno para atravesar el puente encabezados por Ricardo y seguido por quienes tenían los fusiles en mano y, a cierta distancia, dos pescadores cargaban con la caja de madera de las municiones, después les seguía el resto de voluntarios sin más función que el por si acaso. Un lejano disparo desde el hotel cuando iniciaron la marcha hizo que todos se tumbaran inmóviles en el suelo.

—Cuerpo a tierra. —Había ordenado su jefe. Luego se intensificó el fuego y corrieron agachados hasta cubrirse tras el teatro Victoria Eugenia, el primer edificio después de atravesar la ría.

El hotel donde se refugió la columna rebelde es un singular edificio de 1912, la *belle époque* de San Sebastián; una de sus fachadas da al río y otra al teatro, parapeto circunstancial y peculiar edificación

de la misma época. Como si defensores y atacantes librarán una batalla para saber qué joya arquitectónica es la mejor y entre ellos jugarán a destrozar a la otra, así apostados tras las enormes ventanas, disparaban salpicando las fachadas de ambas, cual dos navíos de guerra varados del siglo XVIII.

Al llegar el grupo de pescadores al teatro, consiguieron completar el armamento, posiblemente los mosquetones habían pertenecido a algunos de los fallecidos que aguardaban a ser retirados, cubiertos por toscas mantas a rayas. Otros heridos esperaban ayuda, sentados contra la pared. Los disparos no cesaban y al poco se hicieron familiares. Antxon se distinguió por su puntería, tal vez aquellos tiros con escopetas de perdigón en las ferias... Fue de los pocos que atinaron a las ventanas, la mayoría se quedaban en el frontis. Los militares sublevados eran más peligrosos o tenían mejores armas, tiraban a dar y daban. Lo importante es que no tuvieran refuerzos y para eso estaban las barricadas.

